



LOBOS I
KRISIS

Essai

LOBOS I
KRISIS



Primera edición: febrero 2024

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.
©Essaí

ISBN: 978-84-10082-76-2
ISBN digital: 978-84-10082-77-9
Depósito legal: M-4702-2024

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Fuensanta:
¡Carpe diem!*

Crisis: Procedente del griego krisis, a través del latín: «Cambio profundo y de consecuencias importantes en un proceso o una situación, o en la manera en que estos son apreciados».

DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Nota de autor:

Cuanto sigue es mero posibilismo; simple hipótesis novelada respecto a cuánto podría ser y mejor que nunca sea; pura diacronía intuitiva de percepciones inconexas, propias, heredadas y extrañas, sobre un mal modo de vida que silente se nos desmorona entre el mundanal ruido, desapercibidamente, muy poco a poco, derrumbándose como lo haría un castillo de arena con las caricias indolentes de la mar: Lentamente y sin remisión. Lo que sigue es, pues, pura ciencia ficción; más o menos creíble e inquietante por cuanto plausible, pero ficción sin más visos de certeza que algunos hechos emanados del uso de geografías bien conocidas y el abuso de biografías, a veces, mal recordadas.

Todo sin mayor pretensión que eso: Vestir decentemente un posibilismo que, como el buen veneno, también en esta ocasión se va a administrar dosificado, por partes.

Empero, lo dicho no anula el hecho incuestionable de que la Tierra anda quejándose de siglos de voracidad del hiperpredador humano que constituimos, tan tecnificados como avarientos, los 8.000 millones de inhumanos vivos, quienes, vicisitudes aparte, socavamos la corteza terrestre con la insufrible avidez de la sarna. No obstante, pese a los tímidos esfuerzos políticos y económicos en contra, efímeras flores de cerezo al albur ambiental de los huracanes neoliberales, resulta palmario que la sentida respuesta de Gaia devendrá una profunda transformación mundial que a unos cogerá confesados y a los más en mantillas; pero, sin lugar a dudas, no habrá superviviente que no lo acuse en mayor o menor medida.

De esto, precisamente, versa esta humilde obra: De nuestra hipervalorada capacidad de supervivencia, pese a la insoportable levedad de nuestro ser real.

Rehúyo entrar aquí en el absurdo debate sobre si la actual crisis ambiental, que se masca, es obra exclusiva del Hombre o si, por el contrario, las perturbadoras razones de la catástrofe en ciernes, detectadas ya a finales del siglo pasado, van a ser las presumibles de nuestra desconcertante historia geológica, esta mayormente ignota, aparentemente caprichosa e inconvenientemente con-

tumaz, la cual, por desgracia, ha solido acarrear desagradables sorpresas para las especies que hayan tenido el descaro de estar vivas.

Para nada. Únicamente manifiesto que esta humilde obra, como el resto de la saga que se pretende parir en lo sucesivo, intenta ser una proyección social, *ad futurum*, cimentada en una fatídica genealogía de recuerdos y vivencias que, mejor o peor hilvanados entre sí, esbozan un camino incierto apuntando hacia un muy lamentable horizonte de sucesos: El Apocalipsis según los clásicos, o sea, una profundísima revelación humana nada exenta de multitud de hechos execrables, y luctuosos acontecimientos, propios de la más sórdida batalla por la adaptación forzosa al peor de los hábitats imaginables: Nosotros mismos.

Ahora bien, soy plenamente consciente de cuan de moda anda la literatura ambiental fatalista y tremendista, tan propensa ella al didactismo trágico de sus estros cinematográficos; pero mi inquietud personal es muchísimo más primaria, más humana, menos simplista: Es pura pulsión animal; y, aunque creo fervientemente que nuestra especie sobrevivirá a sí misma, en concordancia con lo que me han enseñado sobre su contrastado potencial adaptativo, mi absoluto desconocimiento respecto del final verdadero de esta historia cotidiana me empuja a iniciar este relato con la hipotética generación de estos jóvenes milenaristas tan refractarios a su milenario pasado. Y lo abordo a pecho descubierto, aunque sólo sea como hito sociológico que me permita plantear esta hipótesis en términos realistas, anclarla al espacio vecinal de mi experiencia y fantasear desde ella con la esperanza siempre puesta en un mediato mundo mejor; un mundo en el que las responsabilidades individual y colectiva sean algo más que pseudopolítica y buenos deseos siempre por cumplir.

Por tanto, para todo lo anterior no voy a desdeñar cuanta información me resulte útil para la propia coherencia del texto, ya provenga la misma de mis conocimientos o de lecturas científicas concernientes, de mis encontronazos con la prensa más o menos especializada, mis noticiarios televisivos favoritos e, incluso, mis pocos saberes sobre mitos y leyendas de antiguas tradiciones humanas del uno al otro extremo de la sufrida piel de Gaia, pues se trata del novelado de una plausible desgracia colectiva que pretende ser descarnada y cruel como la vida misma.

Porque, en definitiva, nosotros somos nuestra única esperanza verdadera.
¡Que siente bien!

Lobos: *Krisis*

Pasos huecos, guiando mi alma hueca, arrastraban mi taciturna sombra por medio de la hueca penumbra del pasillo principal de la Sección de Biología Animal, de la Facultad de Ciencias de Granada, camino de un ascensor viejo, desconchado y chirriante que tendría que elevar mi indolente estampa hasta la macilenta flaccidez oronda de mi jefe de departamento, un «progre» catedrático venido a menos, de su celo personal, más por las cornadas que daba la vida que por la fuerza de su experiencia; porque era él la voluble autoridad que contaba con la obligación de comunicarme lo que hasta las momificadas criaturas de las vitrinas de aquel tétrico pasillo sabían con certeza: tocaba enfrentarme a una nueva vida.

—Lo lamento, Jose; bien sabes que lo lamento, pero...

—No importa, jefe. Doy gracias de que, al menos, yo tengo dónde refugiarme.

Aquella no debería ser forma de comenzar un día cualquiera de una vida cualquiera en una mediana ciudad de provincias, cualquiera, en la que la rutina diaria continuaba siendo esa liturgia presuntamente optimista que el común llamaba vida; pero romper así dicha letanía de días convenientemente parecidos en casi todo, con la abrupta blancura de un costoso papel con membrete oficial y una prudente retirada tras la cortina del árido laconismo burocrático, fue cosa soportable, incluso preferible, a vivir un lógico curso de acontecimientos conducente a un final desde hacía años travestido de secreto a voces. Sin embargo, vivirlo a la par que se veía morir un poquito más al mensajero, desvaído y ojeroso, apergaminado vocero impuesto para el pésame oficial, fue tanto como retorcer la escuálida cortesía administrativa hasta conseguir que la herida escociese el doble: una vez por el herido y otra más por el hiriente.

Frente a aquel condolido heraldo replegándose sobre su pequeñez, amojamado bosquejo de implosión emocional de toda una ilustre carrera profesional, desmembré mi amigable rictus contra el farallón rocoso de sensaciones compendiadas en un amarguísimo sabor a fracaso muy difícil de asimilar: El cáliz

no era menos liviano por saber que portaba cicuta. Mi avejentado profesor, mi maestro, casi mi amigo íntimo, ni supo ni pudo ni quiso disimular su hondo sentimiento de acabose, pues conmigo correspondía despedir al último vestigio del equipo multidisciplinar que tantísimo esfuerzo requiso y tantísima dedicación consumió.

—No se te renueva el contrato por insuficiente capacidad presupuestaria —musitó su cuerpecillo de siempre al tiempo que se replegaba huyendo de la bata blanca en virtud de la cual debería ser el último en abandonar aquel barco—. Me siento como un general sin ejército que, en medio de una guerra de salón, no encuentra un mísero trozo de campo de batalla donde poder escupir a gusto... ¡Necesito ese café que vas a pagar tú!

Aquel repulsivo lunes de septiembre de 2034, fue liberador abandonar el recóndito cuartel de desahucios en que había devenido el Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias de Granada, aunque fuese con el rítmico atropello de nuestros pasos desacompañados y mal vestidos por la elocuencia del soliloquio de un gran hombrecillo, de hombros definitivamente desmallados sobre sus costados y manos escoltando la descuidada espalda, un dueño sobrepasado de unos ilustres costillares cargados con una lapidaria reconversión, a palos, que mandaba al desguace lo poco digno que había salvado de sus cuatro largas décadas de docencia politizada hasta las trancas: Un equipo variopinto, parido por la ciencia y para la ciencia. Mas, en aquellos días, actividad que no reportaba patente mercantil terminaba tachada de rémora presupuestaria que abandonar; así que únicamente cabía la rebeldía inútil de la prieta derrama verbal de un avejentado catedrático deshecho en una irreductible cascada de diatribas e improperios.

—¿Sabes qué...? Este barco que se nos hunde va a ser el único de la perra historia en el que las ratas serán las últimas en abandonarlo. Esto está cogiendo un rumbo que van a tener que impartir la docencia universitaria los chóferes de la Consejería del ramo, ahora que la inteligencia artificial les puede servir de ventrílocua —el resentido cabreo sonrojaba el morrillo al embatado sesentón—. Con sólo pensar que con sus gastos suntuarios de un año podríamos sostener a nuestro equipo durante más de dos... ¡Jose, del ataque de cojones se me nubla la vista!

Todo iba quedando atrás, al borde de aquel abismo sin nada más por delante: La batalla encarnizada por las prebendas presupuestarias y las unciones académicas de las cátedras de nuevo cuño, de cuando nos las prometíamos todos más felices; la desvirtuación curricular de temarios de supermercado a los que se pretendió otorgar esplendor de panacea intelectual; los continuos

recortes presupuestarios con el advenimiento de la crisis financiera de 2008, excepto para los gestores políticos de dicha crisis, de perpetuo carnaval ellos; la devaluación de los educandos, víctimas de continuas reformas educativas que nacieron para el ajusticiamiento del mérito y la capacidad en descarada búsqueda del adocenamiento social; el fortuito hallazgo de la Brecha de Galera-Orce, excavación de racaneo financiero para la constante grandilocuencia política y telegénica de la Gran Atapuerca Andaluza, que así la llamaban los prebostes de turno; el abandono del proyecto del Centro de Interpretación de Orce y del parque lúdico y didáctico que quizá hubiera podido mantener el yacimiento en pleno vigor durante algunas décadas; la merma del maná europeo, causa del previsible fracaso político de lo que una vez quisimos ser, pero que vendimos por el camino al mejor postor de todos los mercados habidos y por haber; la sorpresiva suspensión de oposiciones a profesorado, que eran la última esperanza factible para mí, al menos; el goteo sostenido de denegaciones de becas de investigación, nacionales e internacionales, acompañado del olor a chamusquina sobre las futuras renovaciones de contratos colaborativos; y al final, un par de merecidas jubilaciones y la extinción de la prometidora carrera profesional de José Arráez, jefe ejecutivo de excavación por limitaciones físicas del año-so titular, que reducía la dedicación de toda una vida a un currículum de cuerpo presente ante el luto de los vapores de aquel amargo café, así, absolutamente desprovisto de juventud, de motivación y de capital humano. Fermín Cobos era ya otra víctima más de la funcionarización de la persona y su reducción a simple, autómatas y anónimo engranaje de la mastodóntica maquinaria del Sistema.

—¿Sabes lo peor, Jose? A cada nueva patada en mis respetos, Sevilla me reitera, calurosamente, su sincero aliento para mantener viva la llama de mi impagable proyecto original «con los valiosos efectivos» que nos quedan.

—Lo peor no es eso, Fermín. Según lo entiendo yo, lo más hiriente es que lo hacen con el indisimulado placer, por no decir gratitud, de cuantos llevan años deseando pasarte factura.

—¿Esperabas cosa distinta de un país donde la mejor forma de promocionar estriba en ganar las batallas que pelean otros? ¡Espabila, nene! En España, quien resiste, gana. Somos una nación de gatos panzarrriba al servicio de meapilas y arrebatacapas. ¡Que no se te olvide nunca!

Tras aquel café, a la gran figura internacional de Fermín Cobos sólo le quedarían una colérica bata antediluviana, una sesentona adjunta a cátedra derrotada por tres hernias discales y una doctora cincuentona tan eficiente como corta de vista, alérgica al sol y con el mismo entusiasmo por el trabajo de campo que un mono por un río de aguas bravas. Aquellos eran ya sus exiguos arrestos

académicos para sostener la labor docente del departamento sin menoscabo de la deseable buena marcha de la investigación de laboratorio, todavía asegurada por la ingente acumulación de restos de las últimas campañas de campo, así como para la estricta observancia de la publicación científica periódica y demás rutinas administrativas precisas para la atracción de la cada vez más renuente atención del jefe político de turno.

Así que, estrangulados los cuellos deseables por el imaginario nudo de corbata de semejante elenco de odios mal contenidos, y peor contentados, los dos compadres apuramos nuestras tazas quedos, taciturnos, abatidos, sin más ubre que estrujar que la botella de agua con que el camarero de siempre atemperaba nuestras humeantes cicutas del ahora ni más lecturas entre líneas que un rotundo muestrario de arrugas, de ceño fruncido, en memoria de un añorable proyecto profesional camino de ser sepultado bajo la inestable escombrera de los sueños malogrados para tantos prometedores jóvenes que fuimos, mientras se nos pudo tener ocupados.

—¿Y ahora qué, Fermín?

—¿Ahora...? ¡A joderse toca, muchacho! Y como se pongan tontos me jubilo con mi edad y hartos de rascarme salva sea la parte.

—En fin, jefe: Cuando toca, toca.

—Si ves a tu padre saludale de mi parte; pero que sea antes de contarle esta jodienda.

Despedidas hubo que sonaron a tango; pero aquella, a la puerta de la fachada acristalada de la vetusta cafetería de Ciencias, sonó a charanga espesa, templada y amarga como la infumable fiesta de obscenidad intelectual propia de una generación que estaba llamada a apurar, sorbo a sorbo, el cáliz del justiprecio de la alegría de vivir de una España que nunca había sido mejor. En parte, pagábamos ser un país de postrera posmodernidad desenfundada, solar de camareros edulcorado con la realidad virtual de títulos sin estipendios que ahora, crudelísima, se demostraba puro sueño de noche de verano, mero teatro de vanidades cuya moraleja todavía desconocíamos.

Dar definitivamente la espalda a aquella imagen póstuma de inmerecido fracaso, ya de regreso a su calabozo académico, me reportaba menos alivio que orfandad de ánimo y, en sí mismo, me acrecentaba un vacío emocional del cual mi cuerpo no supo hacia donde escapar; porque la calle era el caos más que nunca, luego la antesala de mi flamante nada. Entonces olí mi propio miedo al porvenir al descubrirme, indefenso, desbaratada la burbuja de éxito que hasta hacía un mes me protegía de la verdad, en medio de un proceloso piélagos de incertidumbres para el que mi deformado intelecto de pitagorín guaperas no

estaba preparado. Poco consolaba contar con el socorro seguro de la empresa paterna.

Al poco, resurgido de mi pasmo emocional por la ardiente bofetada sucia de un sol preotoñal en años sin estaciones, despiadado, mordiente y cobardemente agazapado tras la brisa matinal, todavía arañándome la garganta aquella despedida de cuerpo presente, caí en la cuenta de la sangrante impronta de mi derrota definitiva huyendo en busca de mi insegura madriguera, ratón nuevo e inexperto de repente temeroso de gatos viejos, con los pies aplastando alevosamente la inocencia de los pedales de una carísima bicicleta empujada a hollar el hirviente asfalto granadino: Casi cuarenta grados al sol contra el vendaval de mi indignación, caballera esta sobre un sillín ergonómico travestido del único apoyo sólido al que poder fiar la estabilidad de una existencia que se me desmoronaba por doquier.

Sube, baja, sube, baja... La desidia acompasaba el ritmo de mi pedalada al de las pesadas grupas del tiro de percherones del reparto matinal de Cervezas Alhambra, parsimonioso precedente animal por las poco frescas angosturas del Arco de Elvira e hipnótico repicar de cascos, contra viejos adoquines cascados, que acabó adormeciéndome el furor al arrullo de la recurrente intrusión de palmas de manos vueltas al cielo, las cuales, revoloteando un instante por encima de mi lento manillar, subrayaban el elocuente silencio de su demacrada faz propietaria, que, desatendida, poco después se perdía a mi espalda en busca de otra mala caridad que afrontar, a ver si aquel día era de comer u otro más de pasar fatiga.

Granada comenzaba a parecerse a un enorme aparcamiento de estómagos vacíos al albur de la exigua derrama de un prójimo hosco y receloso, de la rutinaria rebusca sin esperanza en rebuscadas basuras ajenas y del esporádico hurto desesperado de algo que llevarse a la boca. Granada era ya un agrio catálogo urbano de diferencias sociales abismándose, día a día, en el pozo sin fondo de la creciente minoría más desfavorecida, aquella que se solazaba como charco pestilente escurrido de una disminuida mayoría abrumada por crecientes estrecheces, impensables hacía poco; y todos limosneando a la retorcida sombra de una muy minoritaria élite pudiente, mayormente foránea, absorta en una opulenta eterna huida hacia adelante con la que acumular más distinción, más boato y más elegancia a costa de crecientes penurias ajenas. Granada era una ardiente perola de grillos en la que sólo respiraban a gusto los que a duras penas se sostenían colgados de los bordes por sus uñas o, más sólidamente, los bien plantados sobre los tambaleantes lomos de los de abajo. Granada ni era mora ni judía ni cristiana, que sólo era decadencia provinciana.

Pie a tierra en Plaza Nueva, plaza hasta donde la dejaba el intempestivo colapso del abovedado del río Darro tras la riada de 2030 y con mi esperanza colgando ya de la ventana de doble vida que podía avistar del refugio de mi apartamento a espaldas del Pilar del Toro, mi recompuesta sombra se fugó hacia aquel remanso de soledades mal entendidas para protegerse de un aciago lunes llamado a saborear nuevos paladares de vértigo.

Allí todo estaba en su estatuario lugar: Los mismos policías de cercanías, de ayer y siempre; el mismo corro jenízaro, de peones para todo y especialistas en nada, a la espera de algún arrebatapapas experto en el más barato todavía; los mismos guiris despistados en busca de un paraíso de primera que hacía mucho que no era tal, pues pertenecía a un mundo en quiebra técnica más perceptible a nuestro pleno sol que a la polutiva neblina de sus aldeanismos de origen; los mismos guardias nacionales armados hasta los dientes a las barrocas puertas de la Real Chancillería, guardia simétrica en vecindad de una San Gil y Santa Ana por enésima vez mancillada con anónimas baladronadas pictóricas, contra la curia romana y la autoridad provinciana, que hacía tiempo que nadie leía; y el perpetuo Pilar del Toro, sin agua, como frontera pétrea de mi transitar por el desierto de una existencia incierta que se adivinaba en el horizonte inmediato de una nueva vida: La del ilustre parado.

El golpe del portón a mis espaldas sonó a mazmorra, seco, pesado, macizo, lóbrego como el futuro que se traslucía más allá de la punta de la nariz de un recién extinto doctor en Antropología, el cual temía encontrarse en casa con la funesta visita del «realmente, no sé hacer otra cosa»; y en ese estado, mi rutina conectó el televisor en busca de la falaz realidad idealizada de mi noticiario favorito, ese placebo para incautos dispuesto a deglutir desgracias más fotogénicas como mejor consuelo a las propias, y más por lejanas que por ajenas:

Amerirak continuaba siendo el sangriento enésimo fracaso, privadamente muy bien gestionado, de una administración yanqui más que necesitada de ingentes recursos energéticos tras el desastre ambiental de la década anterior, sólo que ahora complicado con el pulso ruso sobre el Mar Negro y el freno chino por los metalíferos eriales de Afganistán, ese camposanto de Oriente Medio que el dragón rojo asolaba sin piedad en nombre de su sacrosanta seguridad, como todos.

En Europa, la vieja meretriz, más sabia por vieja que por ramera, el arracimamiento de demagogia y populismo hueros en todo su arco parlamentario, paulatino, persistente, crónico y sibilino como una epidemia, cebaba el crecimiento de extremismos internacionales con su anodina existencia burocrática sobrenadante a excesos represivos que en Francia, Alemania, Austria e Italia

eran desplegados para aplastar las protestas a favor de una prosperidad industrial que amenazaba ruina por culpa de la propia Europa.

En España, aún más vieja, luego más pelleja, aparte del diario parte de bajas en las murallas de Ceuta y Melilla, se mantenía la cansina tensión marítima con un reino marroquí hostigador como tábano veraniego, amagando y no dando, contra unas aguas canarias y un espacio aéreo peninsular que nuestra pavera parlamentaria no atendía y sólo nuestra pertenencia a la OTAN sin defender disuadía; la misma curiosa cataplasma guiri que no nos funcionaba con el chulesco parasitismo de Gibraltar, cada día más enchulado por la bunkerización militar impuesta desde su metrópoli, enferma de nacionalismo post-brexit.

En Andalucía, que para eso era la más pelleja de entre las viejas, ganaba relevancia el último episodio chalán entre las comunidades de regantes del Guadalquivir adscritas a la Mesa del Agua, una suerte de coso taurino, de tornadizos derechos y dineros, en el que los cuernos los llevaban los de costumbre y las banderillas las colocaban los de siempre, los grandes, esos que venían siendo mucho más grandes desde que la grandeza se medía con la cuenta corriente.

Y en Granada, cármenes de espinas con rosas de la más vieja de entre todas las cortesanas, el desahucio nuestro de cada día hecho culebrón: Un agente judicial con cara de estar pasando por allí, un empleado notarial dando fe de aquella moda Fashions de nuestros días, el engominado chupatintas bancario, de turno, destripando su minuto televisivo con el impostor semblante de parecer el menos malo de la película, el activista de salón increpándole airadamente por el atropello, el vecindario movilizado por las circunstancias y un compungido padre de familia, extinto empresario autónomo, esperando que todos aquellos titiriteros recogiesen bártulos para poder encararse con su ineludible intemperie familiar, porque la verdadera desesperación siempre andaba oculta tras los visillos de alguna ventana.

De esa guisa, relevado de la rutinaria obligación de preparar la lista de tareas inmediatas en la sobremesa de cada víspera laboral, sustituí mi habitual comida por una sobreingesta de rabia, cerveza, frutos secos y melancolía que acabó empachándome el estómago. Por primera vez, era consciente de la suerte que supuso estar tan ocupado con el teatrico académico que, además de reportarme prestigio y buen sueldo, me había tenido abstraído de la realidad, tan arropado de adulación en un comfortable limbo de densa vanidad científica. Triste, pero cierto: Todo lo que comenzaba acababa, y no siempre de la mejor manera.

Y aquel lunes, devenido anónimo desempleado más, como los de la plaza, y sin más oficio, beneficio ni condición que los que se avenían buenos recuerdos, comprendí que aquella prometedora carrera mía había quedado reducida

a unos pocos estantes de apretada bibliografía, un par de dispositivos de almacenamiento digital y una pijísima bicicleta, esta buena para todo menos para conseguir huir de aquel desastre biográfico. Para colmo, no contaba ni con una triste mascota a la que atormentar los tímpanos con mi doliente salmodia de cuitas y decepciones. ¿Era eso la soledad que me reprochaba mi madre desde mi estudiosa pubertad o era el agobio de saber que ya no podría permitirme tantas alegrías? ¡Adío, *dolce vita*, adío!

Tras un vulgar y perfecto bigote asistido por el apagado brillo de un canino de platino, aderezos con que subrayar una cara normal confundida entre rostros normales, el membrudo inspector Andrés Mingorance fingía que desgranaba la prensa deportiva a vueltas con una muy estirada agua tónica servida, a la sombra, en la terraza del hotelico de Plaza Nueva. Gafas de sol en ristre, pierna cruzada, atención disimulada y vista repartida por el retablo costumbrista de cercanías, el interés personal del policía y colaborador del CNI, fuera de servicio, era el balcón inmediatamente inferior al que acababa de abrir un conocido pijito local, recién caído en desempleo, para aparcar una bien cara bicicleta a resultas de una presumible falta de espacio que, desde lejos, parecía la actitud estúpida de quien quería restregarle su lujo por los ojos a una parroquia de desmayados que bien podrían pagar alguna que otra factura si consiguieran levantarle la pieza.

Por el contrario, la quietud de los visillos del segundo piso era atractiva *per se*: Una desconocida empresa farmacéutica en lugar tan poco indicado, con poco más de 60 metros cuadrados habitables, sin placa admonitoria en el portal y sin más movimiento que una atractiva secretaria demasiado bien vestida para el tipo de público que usaba del vecindario y, lo peor, sin nadie que le pudiera ofrecer referencias al respecto. Por el momento, le bastaría con que sus conocidos de la Guardia Nacional matasen su aburrimiento vigilando aquel inmueble desde el anonimato de su servicio de protección a las puertas de la Real Chancillería, perros viejos, de vista larga y paso corto, que agradecían cualquier razón de distracción de la muralla acristalada con escáner a la que ahormaban espaldas y posaderas.

Así que al inspector no le quedaba más reto que conocer la razón añadida del aparente vacío inmobiliario de la planta baja de aquel rehabilitado edificio de época, pero sin cartelón inmobiliario de reclamo y con rejas y puerta excesivamente limpias para carecer de actividad en un barrio en el que cualquier

rincón te hacía florecer una tienda de *souvenirs* o un taller artesano regentado por hambres diestras; pero todo llegaría con paciencia y días.

Recordé que mi guapa melliza y yo solíamos achacar nuestra naturaleza hogareña, entre bromas y risas, al hecho artificial de haber sido engendrados en un tubo de ensayo, una angostura de pecera para producir niños de plástico fino que todo lo podían excepto luchar contra el fuego, no fueran a fundirse al calor de una intemperie granadina, horno de polución y polvo en suspensión, que cada vez se asemejaba más a un microondas. Me reconfortaba recordar, dadas las circunstancias, que ambos nos lo pasábamos bomba en nuestro mundo de cuatro paredes, aunque un mundillo muy mal repartido en el que ella era la alegría de la huerta, un no parar de recibir y despedir amigas y algún más que amigo, mientras que yo parecía el nabo del huerto que acabó presentándole al amigo militar que terminaría llevándola al altar, encandilado por un arrebataador pestañeo azulado que lo desarmaba antes incluso de echarse a volar.

En cambio, yo, más parecido a PVC endurecido al sol de Orce, con intereses personales bastante más distraídos, acostumbraba a sustituir la alegre ocio-sidad callejera por convenientes citas previas en riguroso orden de atención, no fueran a darse incómodas colisiones de intereses entre damas de armas tomar para las que nunca encontré más tiempo del dedicado ni a veces ganas; al menos, hasta que mi vida comenzó a recalentarse peligrosamente y llegaron a reblandecerse algunas de mis partes y ciertos buenos principios personales.

—¡Hola, Nadia! Cuánto tiempo... —la pantalla del televisor parpadeó con un bello rostro de desasosegante recuerdo: Nadia Davidenko, mi única historia susceptible de normalidad amorosa—. ¿Todo bien por Madrid?

—Bien, regular y mal. Aquí tenemos para escoger. ¿Tú estás bien? —su perceptible acento ucraniano de Vallecas me desarmaba cada vez que me lo echaba a los oídos, portador como era de recuerdos que por sí solos valían casi toda una vida.

—Bueno..., asimilando mi recién estrenada condición de ilustre parado. Todo un acontecimiento, como comprenderás.

—Lo lamento mucho. ¿Algo a la vista?

—No sé, chica. Supongo que lo más fácil será pedir trabajo en la empresa de mi padre, si es que un aprendiz treintañero les resulta asumible —mi mirada saltaba por toda la pantalla intentando disimular que hacía tiempo que deseaba hacerle una visita más que de cortesía, que así de colgado por ella continuaba.

—No creas: Ser hijo del dueño puede quedar muy convincente en cualquier currículum. Por cierto, esta semana Jose cumplirá cuatro añazos y nos gustaría que nos visitaras para celebrarlo. Echa de menos tus juguetes y tus payasadas —dos clavos verdes como vagas esperanzas me empujaban contra las cuerdas del arbol—. ¿Vendrás?

—No sé qué decir, Nadia. Sabes que me gustaría; pero no veo que sea el mejor momento, ahora que toca plantearse recortar gastos extraordinarios y estirar los ahorros lo más posible —la excusa sonaba a huida del compromiso hasta para mí.

—Como quieras. Invitado quedas.

—Le enviaré algo por correo, descuida. Intentaré que lo reciba a tiempo —y no pudiendo soportarlo más, me despaché con la consabida andanada final de cada ocasión—. A todo esto: ¿ha aparecido su padre?

—¡Oh, ya lo creo! Distante y casquivano como es él, pero seguimos en contacto. Ya lo conocerás, aunque sea en fotografía. Es más, estoy convencida de que os caeréis muy bien. Tenéis tanto en común... —aquella mueca burlona continuaba siéndome harto desagradable, pues siempre me caía encima peor que si me llamara bobalicón—. Bueno, guapito, cuídate mucho. ¡Un beso!

—¡Adiós, hermosa! También para ti y para el niño.

¿Adiós, hermosa...? Semejante epíteto, dirigido a la Davidenko, era todo un insulto al canon de la belleza o, cuando menos, la viciada percepción de la misma por parte de uno que, después de ella, veía a todas las mujeres casi iguales. Elegantemente sinuosa como una cobra de seda blanca en permanente equilibrio sobre la punta de su grácil cola, bien encarnada esbeltez de casi 180 cm. de esteparía estatura rematada en oro eslavo con gemas caucásicas, Nadia era el tópico viviente de quien nació modelo para fastidio de sus semejantes; porque, tocada de un rubio mechado a media melena, caleidoscópico de irisción ambarina, su personalidad cambiaba de tono la luminosidad de su mirada al ritmo de su constante metamorfosis anímica, sutil esta como un soplo de aire fresco y hierática sobre el escabel de un cuello de cisne que vestía todo bien, incluso la nada.

Observar su cara a contraluz, apoyada sobre la mano de pianista que más conviniese a cada escena, seguía siendo para mí el colofón paisajístico a un mundo de incógnitas que no necesitaba de su felino andar para socavar la entereza de quien creía haberlo visto todo por haberla tenido cerca, contradicción de hielo derritiendo fuegos que sus cristalinos ojos verdes sancionaban, siempre de paso, como si la vida de los mortales no fuera con ella. Todo perfecto, salvo por aquel desgarrador golpe de timón que la arpía dio a mi vida,

sin preaviso, sin explicación, sin escalas, sin anestesia, dejándome en la cuneta emocional de una juventud con muchos apetitos, pero sin más gustos a la vista.

Tan cierto como que jamás tuve claro cómo llegó aquella gata esteparia a España, era que me sabía su presa indefensa. Treinta y cuatro años de carne varonil capturados impunemente en unas aterciopeladas garras de hielo hirviente, en las que era mucho más que una obsesión correr a clavarme desde aquel inolvidable Congreso Internacional de Paleoantropología, de Madrid 2029, al que acudí en calidad de porta velas del guasón de Fermín Cobos, ese intempestivo notario subversivo de un campanazo de admiración que hizo de mi persona un manojo de torpezas bailándole nervios al palmito de una hermosa azafata congresual.

Así fue como, por la caprichosa fortuna esquivada agraciado con el accidental don de acudir como adjunto a tamaño evento académico, entregado al pavoneo anónimo de quien se entretiene irradiando atractivo masculino desde la amable cara del que con todas juega sin querer a ninguna, tan guapas ellas, sonrientes, solícitas y políglotas profesionales de congresos, acabé tropezando con las armas de aquella gata llegada del frío, que me miró, me calibró, me eligió, me acorraló y me montó al tercer día, con abuso de poder, con la decidida posesión de una pantera y la seguridad en sí misma de toda una encantadora de serpientes.

Y yo, ilustre desdichado, había tardado en darme cuenta de ello lo que la dama quiso: El primer día, la araña se instaló en mi seso y no dejó rincón por donde no la viese ni en vigilia ni en sueño; al segundo día, tomadas las oportunas medidas de cuerpo entero, la bruja jugó con mi sistema neuroendocrino hasta que mi hipotálamo rindió armas, dobló hinojos y entregó la plaza a los pies de la estudiada rotundidad de un escote que su abotonada blusa vestía para mejor acentuar; y a la tercera tarde, la rescoldera del veneno de una única mirada matinal me había dejado cosido al quicio de la puerta de servicio del recinto ferial, a la espera, estúpido adolescente tardío venido a más, de una extinción de jornada laboral que muy poco tiempo después sería mi perdición. Incluso mi melliza llegó a recriminármelo abiertamente: «Una cosa era estar enamorado y otra bien distinta estar encoñado»; pero sarna con gusto no picaba, y más habían perdido nuestros tatarabuelos en Cuba. Así que, de perdidos, al río.

Aunque la llevé a cenar yo, ella me llevó todo el camino a rastras de sus melosas miradas de soslayo y sus ronroneos felinos adheridos a una telaraña que me fue liando, suave, abrigada, mullidamente, en una inagotable seda de futilidades con piel de melocotón medio paso por delante del rastro babeante de mi sombra sobre el pavimento. También pagué la cena, faltaría más; pero mis sentidos los conquistó ella haciendo encaje de bolillos con inocentes hilos

de insinuación contra los que no cabía más que el abandono a tan dulce tortura. Y el paseo final lo propuse también yo; pero fue aquella rubísima espiga al viento de los acontecimientos la que condujo mis pasos hacia el huerto de mi rendición total a una marea hormonal que inundó mi magín con una pleamar de adolescencia renacida que me tuvo toda la noche ebrio de emociones.

Todo lo que comencé yo, lo fue acabando ella. Pagué el taxi con que me ofrecí a acompañarla a casa y ella decidió despedirlo antes de que, incauto de mí, fuera consciente de que con ello se me ordenaba subir, tierna, sibilinamente, desde el imperio del dominio absoluto, al acogedor nudo gordiano de su estancia hispana en un pisito vallecano compartido en el que su habitación, extremada al otro lado del salón común, acabó siendo la trampa mortal donde lo que quedaba de mi galán acabó desvaneciéndose, con sumo gusto, abducido por unos descuidados brazos que dejaron deslizarse el vestido hacia el abismo insondable de aquel humilde suelo de terrazo; y también había sido yo quien maquinó la excursión a su tálamo, pero fue ella la que me permitió saber que eso había servido para cumplir sus plazos, sus modos, sus ritmos y sus maneras, permitiéndome ser el tonto útil de un agotador fin de semana postrado a los pies de unos bellísimos ojos de gema y hielo.

Aquella primavera se esfumó volando como los raíles del AVE en rauda fuga hacia el horizonte de los deseos, frontera del tierno error derivado de proponernos unas vacaciones veraniegas, en solitaria compañía mutua, paladeando cualquier recóndito rincón del mapa exento de pesadas interrupciones; y el dedo de Nadia se posó en Almería mientras sus fauces felinas se aferraban a las entretelas del sentido común de su presa. Pulpí, San Juan de Terreros, San José..., no hubo playa de levante en la que el dogal no se ajustara un milímetro más; pero, sin dudarlo, fueron las dos semanas más vivas, intensas, verdaderas y plenas de mi corta existencia, que así de entregado me encontraba. Mas, con todo, cosas hubo que calaron hondo, hasta donde se perdieron de vista para no perder el innegable valor que tenían, celosas de un encuentro que comenzó en nada y buscaba acabar en todo.

Empero, de regreso a la realidad metropolitana de un Madrid posvacacional nervante, el abrupto fin de fiestas llegó con un beso de «hasta pronto» que la relativamente corta distancia a Granada amargó a final y despedida. Visitas esporádicas de fin de semana, vorágine de excavación remansada casi a diario en la preceptiva videoconferencia con la esclava y bomba emocional que me descuartizó el ánimo aquel loquísimo febrero de 2030 en mi buzón de voz: «Jose, estoy embarazada. Lo espero para septiembre próximo y el cabrón del padre no quiere saber de él. No perdamos el contacto, por favor; me siento tan sola...».